

Lo que sé de mis monstruos

Liza Porcelli Piussi

Ilustraciones de Rodrigo Luján

loqueleo

Mis monstruos

13

No sé cómo alguna vez llegué a pasarlos por alto. Pero sucedió: los había olvidado. Hasta que, una noche, mi sobrino se quedó a dormir en casa y me tomó por sorpresa. *¿Cómo son tus monstruos?*, me preguntó.

Mi respuesta automática fue decirle que no tenía monstruos, que nunca había tenido. Y esperé que ahí se cortara el diálogo, porque tampoco me parecía buena idea ponernos a hablar de esos temas antes de dormir. Pero mi sobrino siguió:

—No te creo.

—En serio —le dije mientras negaba con la cabeza.



Él levantó los hombros y se quedó mirándome callado. Después se dio vuelta y se durmió lo más tranquilo. Fui yo la que quedé en vela.

¡Claro que había tenido monstruos! Pero no podía recordarlos. Me sentía como cuando conocés una canción, sabés que la has cantado, pero no te sale, y no te sale... Necesitás que no te hablen para poder concentrarte, tararear, y que la letra vaya volviendo a tu memoria.

Entonces hice la prueba. Durante la noche siguiente, me concentré en la oscuridad de mi cuarto, presté atención al más mínimo ruido, a la más minúscula sombra y esperé.

Fue como mandarles una invitación de bienvenida: mis monstruos no tardaron en asomarse uno por uno. Ellos sí que no se habían olvidado de mí. Eran los mismos monstruos de hacía muchos años, cuando era chica y tuvimos que mudarnos a un lugar más grande porque había nacido mi hermano.

El nuevo departamento estaba en un edificio antiguo. Esos con ascensores de puerta enrejada. Cuando subí por primera vez hasta nuestro piso, enseguida me sentí observada a través de las rejas. Y con solo pasar ahí una noche, no me quedaron dudas. Al día siguiente se lo avisé a mis padres y a los parientes que habían venido a ayudar con la mudanza:

—Hay monstruos, tenemos que irnos —les dije.

Ellos pararon con lo que estaban haciendo. Hubo un silencio. Algunos se miraron y otros sonrieron.

—¿Por qué estás tan segura? —me preguntó mi abuelo.

—Porque sí, porque los oigo.

—¿Y cómo sabés que lo que oís es de monstruo?

—Porque lo sé. Porque lo siento.

De vuelta los parientes se sonrieron como

si yo estuviera diciendo una gracia y siguieron desembalando y sacando cosas de las cajas.

Me hubiera gustado decirles que, de la misma manera en que te despertás a la mañana y sentís alegría, podés despertarte a la noche sintiendo monstruos. Pero no encontré las palabras. Ni esa vez ni muchas veces más.

En cambio, ahora es distinto.

Aunque los monstruos sean los mismos y ya no se vean esos ascensores enrejados de mi antiguo edificio, ahora es distinto porque tengo las palabras que necesito para explicarme, para contar lo que sé.

Como arena volada por el viento

18 No es que mis monstruos se me aparezcan de casualidad o me sigan porque sí nada más. Es que ellos me necesitan.

Por eso nunca voy a recibir una carta con la foto de uno de mis monstruos pescando en una isla desierta. Porque, aun suponiendo que el monstruo de la foto hubiera sido naufrago de un barco que se hundió, si él no me encontrara en la isla para asustarme, desaparecería como arena volada por el viento antes de que llegara la noche.

Es que mis monstruos me necesitan para sobrevivir.

Sin mí no son nada.

Pegotearse

19 Sin excepción, cuando aparece uno de mis monstruos, es cuestión de esperar y pronto aparece otro. No hay vuelta que darle: no les gusta andar solos.

Para ellos, ir en grupo es algo natural, es la única forma de andar que conocen. No les importa el tamaño, el color o la cantidad de ojos que tengan los otros; mis monstruos prefieren pegotearse y lo hacen de la manera más fácil: yo les creo y ellos se juntan.

Así, con dos de mis monstruos, hay una banda.

Dos bandas forman un clan.

Dos clanes se hacen plaga.